

Editorial

Némesis médica

Manuel Quijano

En los años setenta del siglo XX los médicos de todo el mundo (al menos el occidental) leyeron con atención y reaccionaron irritados ante un libro editado primeramente en inglés pero traducido rápidamente a otros idiomas, bajo el título de "Némesis médica" y escrito por Iván Ilich que vivía, a la sazón, en Cuernavaca.

Iván Ilich, que acaba de morir en Viena aunque todavía se le podía considerar residente de Cuernavaca, fue un ex-religioso católico nacido en Dalmacia (después Yugoslavia) que estudió en Italia y se trasplantó a Nueva York donde trabajó muy exitosamente con la comunidad puertorriqueña y se convirtió en un sociólogo competente y humanista. En los años sesenta se trasladó a México, se instaló en Cuernavaca y fundó el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) que trabajó en asentamientos rurales y atrajo un buen número de antropólogos e intelectuales. Convencido de las debilidades de los sistemas de pensamiento y acción "modernos", enfocó sus baterías contra ciertas certidumbres, consideradas "axiomas" contemporáneos: la necesidad de ser transportado automáticamente por medio de energía mecánica; la imposibilidad de aprender cualquier cosa excepto mediante procesos institucionales (la escuela) y la obtención de certificados; y la inconsecuencia de sentirse incapaz para intentar superar los pequeños males y diarios achaques a menos de ponerse en manos de los sistemas industriales médicos y farmacéuticos habituales.

Se trataba, como se ve, de tres blancos fáciles para un buen polemista. Porque se prestaban a argumentos, aunque verdaderos, un poco escandalosos y en los que es fácil exagerar; ejemplifican puntos en que los excesos del modernismo industrial, economista y de organización social, son casi universalmente reprobados. Partía de que las grandes instituciones involucradas en esos puntos, el transporte, la educación y la medicina, contradicen sus propios fines al sobrepasar ciertos límites; de la misma manera que el consumismo pervierte las bondades del comercio que implicó, en su nacimiento, la división del trabajo. Escribió primero un libro sobre la educación escolar forzosa que sus detractores interpretaron como un ultraje a la cultura moderna, cuando en realidad sólo atacaba la artificial valoración de los certificados y los diplomas por sobre todo.

Después se refirió a la medicina actual con su libro "Némesis médica". Para explicar el título, recuerda que el rey Tántalo, invitado al Olimpo, robó la ambrosía, poción que lo

convertía en inmortal, por lo que fue refundido en el Hades a sufrir hambre y sed para siempre. Némesis era la diosa griega encargada de equilibrar los dones de los demás dioses a los humanos, y sancionar a los que parecían muy favorecidos. Como el anhelo de supervivencia es universal y ha sido estimulado por la indudable euforia de la medicina científica, el autor quiere recordar el hecho y bajar de su pedestal a los médicos, pues considera que sus medidas terapéuticas son mera apariencia cuando se piensa en una verdadera mejoría de la calidad de vida; y que la eliminación de algunas antiguas formas de mortalidad no puede acreditarse a la medicina sino a cambios culturales y del hábitat, como la higiene y que, en cambio, la iatrogenia es algo real y preocupante.

En la primera parte del libro crítica acerbamente la medicina científica y organizada, negando casi todos sus procedimientos con la vehemencia de un discutiendo de política en el café, llegando a afirmar que el mayor peligro actual contra la salud, es el "establishment médico". Reconoce apenas —con reservas— la eficacia de las vacunas y el tratamiento de algunas enfermedades infecto-contagiosas, la rutina del Papanicolaou, ciertas medidas para aliviar el cáncer y se olvida de comentar sobre la cirugía rutinaria y el enfoque multidisciplinario del trauma. Basa su argumentación sumamente alarmado en la existencia de la iatrogenia. Distingue tres tipos de ella: la clínica que nosotros conocemos bien, la hemos estudiado y procuramos evitarla. La iatrogenia social, que consiste en la excesiva "medicalización" de la sociedad actual, caracterizada por la dependencia irracional de los médicos y los medicamentos, una baja en la tolerancia a las dolencias banales y un gasto exagerado tanto en lo rutinario como en algunas supuestas medidas preventivas tales como las revisiones periódicas, con laboratorio y gabinetes, que nunca han demostrado sus resultados positivos. Llega a criticar los gastos inclusive en la formación de médicos e instituciones que constituyen un ritual de las sociedades acomodadas.

La tercera variedad de iatrogénesis es la llamada estructural, que ha penetrado la cultura, que ha inducido la aparición de un complejo médico-industrial, de bienes y servicios, y que ha creado la ilusión de una existencia que no acepta el dolor, la enfermedad y la muerte como algo natural. Ilich considera que en el destino del hombre civilizado, sólo hay dos instancias que lo obligan a luchar, la naturaleza y el vecino, pero no el propio cuerpo, su salud física y mental, su libertad, su deseo de aprender, de auto-curarse y de ser feliz; porque todo ello se lo

expropia la modernidad mediante maestros, ingenieros, abogados, médicos, sacerdotes y funcionarios políticos, a través de la exigencia de certificados, diplomas, autorizaciones y reconocimientos oficiales. De hecho, Ilich, como buen católico (aunque sospechoso para sus superiores), hecha de menos una dimensión sagrada en la mera naturaleza de la acción humana y culpa de ello a la época de la industrialización.

En la última parte del libro el autor modera mucho su agresividad y reconoce el derecho a la salud, pero como ésta es el resultado de un proceso de adaptación a ambientes cambiantes, insiste en que la capacidad de crecer, madurar, envejecer, enfermar y curar, en la mayor parte de los casos de afecciones benignas, es responsabilidad del individuo. Como buen polemista afirma que un mundo de salud óptima y generalizada, debería ser un mundo de intervención médica mínima y casi excepcional. La gente sana no necesita de intervenciones burocráticas para vivir, amarse, reproducirse y compartir la felicidad o las pequeñas dolencias y para morir.

Como se dijo, la iatrogenia clínica es un hecho real, que nos preocupa, la analizamos y procuramos evitar; y que algunos observadores de fuera exageran, por convicción o por interés (los abogados). Pero en cuanto los otros dos tipos, la social y la estructural son también realidades que, aunque exageradas, debemos reconocer que tienen aspectos que deberían corregirse, que son producto de esa modernidad economicista y que, si nos molestaron al principio, es preferible, ahora, meditar sobre ellas y superarlas.

Según Ilich, el hombre actual padece una inadaptación a su medio natural que lo convierte en parálitico por el uso de transportes, en estúpido por su confinamiento en escuelas y en enfermizo por su dependencia de médicos y farmacéuticos. Y como buen sociólogo reflexiona que la productividad de esas instituciones debe mantenerse en los límites del deseo racional y que la adquisición de objetos y bienes innecesarios reducen la potencialidad de derivar felicidad del entorno. En otras palabras, rebate al consumismo inclusive el rela-

cionado con el cuidado de la salud, asegurando que para el bien del individuo y de la sociedad, la gente debe adquirir y conservar sólo lo accidental. Habla del conflicto entre dos Méxicos: por un lado el real, campesino e indio, nutrido de tradiciones populares y de una peculiar manera de pensar y sentir, y por otro lado el imaginario o ficticio de los que quieren ser lo que no son, que se dicen occidentales, consideran su pasado como algo grandioso y heroico, pero enterrado, y ahora se desviven por colgarse del carro monetarista, convencidos que las leyes naturales son las que dicta el mercado y que las sociedades se rigen no por el orden moral sino el económico.

Por último y para que los médicos se congracien con Iván Ilich, diremos que se inspiró originalmente, entre otras fuentes bibliográficas, en nuestro admirado René Dubos, cuyos libros han sido leídos (espero) por muchos médicos: *El Espejismo de la Salud y Los Sueños de la Razón* –breviarios del FCE–, y *Un Dios Interior* de Salvat Editores, Barcelona. Dice Dubos, entre otras reflexiones bellas e inteligentes: las enfermedades tienen etiología multifactorial y varios de ellos no son susceptibles de control...la extendida convicción de que puede comprarse la salud es errónea; los éxitos más sonados no justifican la extrapolación...los beneficios de la ingeniería sanitaria son ineficaces frente a muchos contaminantes cancerígenos, frente a las radiaciones, la sobrepoblación o los accidentes...las curaciones milagrosas que pueden atajar episodios agudos, no resuelven problemas del cuerpo social...la medicina no ha querido actuar sobre mecanismos no específicos que amenazan el cuerpo y el alma...Y agrega Dubos “no estoy en contra de ciertos beneficios de la vida urbana contemporánea –la protección contra el frío y el calor, agua con sólo abrir el grifo, un clic para encender la luz y otro clic en Internet para tener información confiable oral o visual; todo ello facilita la vida pero no la hace forzosamente más dichosa” Y concluye: la medicina es una de las formas supremas de la filosofía social y está obligada a ver más allá del paciente, considerar a la humanidad como un todo y prever las consecuencias de sus acciones a largo plazo.

